

do una cadena de crímenes no interrumpida. He corrido por la niñez y la juventud como un loco furioso, atropellando por todos los respetos más sagrados, y me hallo en la virilidad con mas años y delitos que en mi pubertad y adolescencia.

Treinta y tantos años cuento de vida, y de una vida pecaminosa y relajada. Sin embargo, aun no es tarde, aun tengo tiempo para convertirme de veras y mudar de conducta. Si me entristece lo largo de mi vida relajada, consuélame saber que el Gran Padre de familias es muy liberal y bondadoso, y tanto paga al que entra á la mañana á su viña, como al que comienza á trabajar en ella por la tarde. Esto es hecho, enmendémonos.

Diciendo esto, lleno de temor y compuncion aderecé el caballo, subí en él y me dirigí al pueblo ó venta de San Martin.

Llegué cerca de las siete de la noche, pedí que cenar y mandé que desensillaran y cuidaran mi caballo á título de valor, pues no llevaba un real.

Despues que cené, salí á tomar fresco al portalito de la venta, donde estaba otro pasajero en la misma diligencia.

Nos saludamos cortésmente y enredamos la conversacion hasta hacerse familiar, siendo el asunto principal el suceso acaecido aquel dia con los ladrones. Me dijo como habia salido de Puebla y caminaba para Calpulalpan, teniendo que hacer una corta demora en Apam.

Yo le dije que iba para este último pueblo, de donde tenia que pasar á México, y así podriamos ir acompañados porque yo tenia mucho recelo de los ladrones.

Se debe tener, contestó el pasajero; pero con los sustos que han llevado de la semana pasada á esta parte, es regular que no se rehagan tan presto las gavillas. En pocos días les han pillado seis, han colgado uno y han quedado tendidos en el campo cuatro. Con

que ya vé vd. que son de ménos en su cuenta once, y á este paso los días son un soplo.

Como yo no habia visto cojer á nadie, sabia que los muertos eran dos, y me constaba que apénas éramos cinco, le dije con un aire de duda: dable puede ser eso, pero temo que hayan engañado á vd., porque son muchos los ladrones agotados. No, no me han engañado, dijo él: lo sé bien, sobre que soy teniente de la Acordada, tengo las filiaciones de todos, sé sus nombres, los parajes por donde roban, las averías que han hecho, y los que han cogido hasta hoy: vea vd. si lo sabré ó no.

Frio me quedé euando le oí decir que era teniente, aunque me consolé al advertir que yo no habia salido mas que á una campaña, y era imposible que nadie me conociera por ladrón.

Entónces le dí todo crédito, y le pregunté ¿que por qué rumbos habian cogido á los demás? A lo que me contestó que por entre Otumba y Teotihuacan.

Parlamos largo sobre otras cosas, y á lo último le dije como yo tenia sobrada razon para temer á los ladrones, pues era perseguido de ellos. Vea vd., le decia muy formal, no me han salido esos ladrones; pero anoche se me huyó el mozo con la mula del almofrés y me dejó sin un real, pues se llevó los únicos doscientos pesos que yo llevaba en mi baúl.

¿Qué picardía! decia el teniente muy compadecido: ya ese pícaro estará con ellos. ¿Cómo se llama? ¿Qué señas tiene? Yo le dije lo que se me puso, y él escribió con mucha eficacia en un librito de memoria: y así que concluyó nos entramos á acostar.

Me convidó con su cuarto; yo admití y me fuí á dormir con él. Luego que vió mis pistolas se enamoró de ellas y trató de comprármelas. Con el credo en la boca se las vendí en veinticinco pesos, temiendo no se apareciera su dueño por allí. Ello es que se las dejé y me habilité de dinero sin pensar.

Nos acostamos, y á otro día muy temprano nos pusimos en camino, en el que no ocurrió cosa particular. Llegamos á Apam, donde fingí salir á buscar á un amigo, y al día siguiente nos separamos y yo continué mi viaje para México.

Aquella noche dormí en Teotihuacan, donde me informé como en la semana anterior habian derrotado á los ladrones cogiendo al cabecilla, á quien habian colgado á la salida del pueblo.

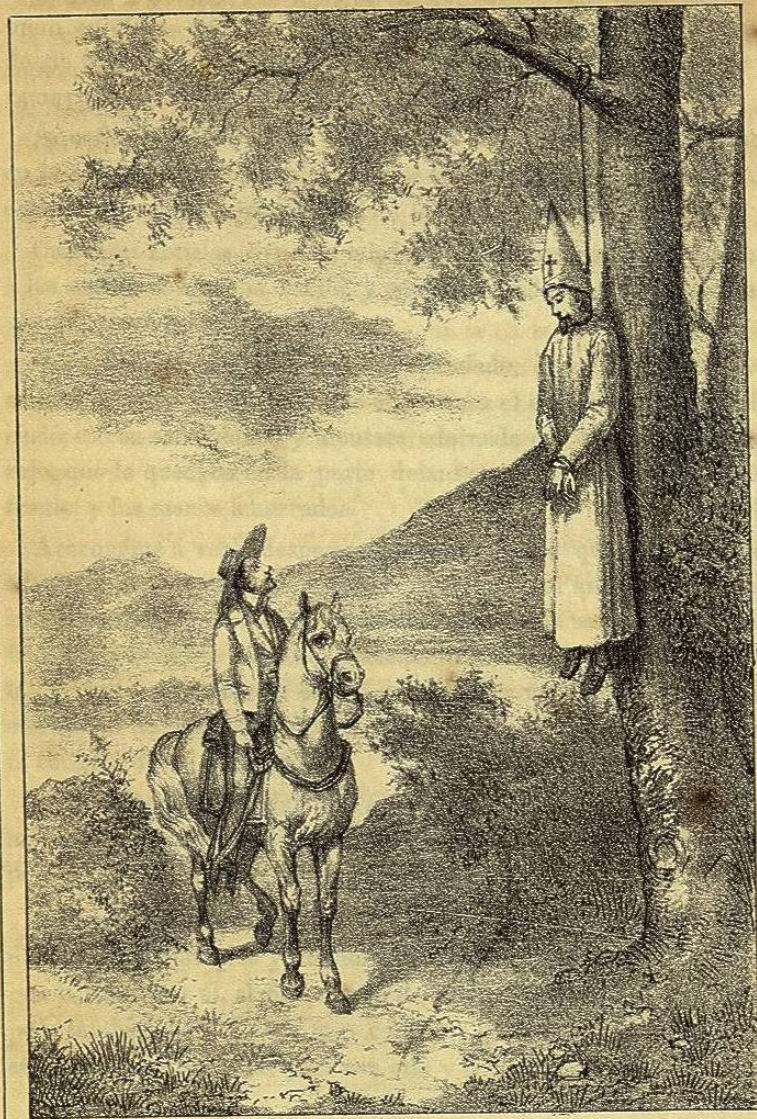
Con estas noticias, lleno de miedo, procuré dormir, y á otro día à las seis de la mañana ensillé, y encomendándome á Dios de corazón, seguí mi marcha.

Como una legua ó poco mas habia andado, cuando ví afianzado contra un árbol y sostenido por una estaca el cadáver de un ajusticiado, con su saco blanco y montera adornada con una cruz de paño rojo, que le quedaba en la parte delantera de la cabeza sobre la frente, y las manos amarradas.

Acerquéme á verlo despacio; pero ¿cómo me quedaria cuando advertí y conocí en aquel deforme cadáver á mi antiguo é infeliz amigo Januario? Los cabellos se me erizaron: la sangre se me enfrió: el corazón me palpitaba réciamente: la lengua se me anudó en la garganta: mi frente se cubrió de un sudor mortal, y perdida la elasticidad de mis nervios iba á caer del caballo abajo en fuerza de la congoja de mi espíritu.

Pero quiso Dios ayudar mi ánimo desfallecido, y haciendo yo mismo un impulso extraordinario de valor, me procuré recobrar poco á poco de la turbacion que me oprimia.

En aquel momento me acordé de sus extravíos, de sus depravados consejos, ejemplos y máximas infernales: sentí mucho su desgracia, lloré por él, al fin lo traté de amigo y nos criamos juntos; pero tambien le dí á Dios muy cordiales gracias porque me habia separado de su amistad, pues con ella y con mi mala disposicion fi-



Conocí en aquel deforme cádaver á mi antiguo é infeliz amigo Januario

jamente hubiera sido ladrón como él, y tal vez á aquella hora me sostendría el árbol de enfrente.

Confirmé mas y mas mis propósitos de mudar de vida, procurando aprovechar desde aquel punto las lecciones del mundo y sacar fruto de las maldades y adversidades de los hombres: y empapado en estas rectas consideraciones, saqué mi mojarra, y en la corteza del árbol donde estaba Januario grabé el siguiente

## SONETO (1).

¿Con que al fin se castigan los delitos,  
Y el crimen siempre su cabeza erguida  
No llevará? Januario aunque sin vida  
Desde ese tronco lo publica à gritos.

¡Oh, amigo malgrado! Estos distritos  
Salteador te sufrieron y homicida;  
Pero una muerte infame y merecida  
Cortó el hilo de excesos tan maldito.

Tú me inculcaste máximas falaces  
Que mil veces seguí con desacierto;  
Mas hoy suspenso del dogal deshaces

Las ilusiones. Tu cadáver yerto  
Predica desengaño, y las veraces  
Lecciones tomo que me das ya muerto.

Concluido mi soneto, me fuí por mi camino encomendándolo à Dios muy de veras.

[1] En el manuscrito que para esta edicion se ha tenido á la vista, y de cuya autenticidad no se responde, aunque no faltan datos para creerlo del Pensador, se halla el soneto corregido del modo que ahora se publica.

Del mismo manuscrito se han tomado otras correcciones; que se advertirán si se compara esta edicion con las anteriores.—E.

BIBLIOTECA DE ESTE LIBRO  
"ALFONSO REYES"  
1884. 112. ESTAMPA. L.A.

Procuré entrar en México de noche, paré en el meson de Santo Tomás, cené, y estando paseándome en el corredor, oí llanto de mujeres en uno de los cuartos.

La curiosidad ó la lástima me acercó á la puerta, y poniéndome á asechar, oí que un viejo decia: vamos, hijas, ya no lloren, no hay remedio, ¿qué hemos de hacer? La justicia debió hacer su oficio, el muchacho dió en maleta desde chico, no le valieron mis consejos, mis amenazas ni mis castigos, él dió en que se habia de perder, y por fin se salió con ello.

Pero yo lo siento, decia una pobre vieja, al fin era mi sobrino. Yo tambien lo siento, decia el anciano, y prueba de ello son las diligencias y el dinero que he gastado por librarlo; pero no fué capaz. ¡Válgate Dios por Enero desgraciado! Hé ahí, hija, no llores, mira, nadie sabe que es nuestro pariente, todos lo tienen por huérfano de la casa. La pobre Ponceanita ¿cuánto se avergonzará de este suceso! Pero al fin ya la muchacha es monja, y aunque se supiera su parentesco, monja se habia de quedar: encomiéndalo á Dios, y acostémonos para irnos muy de mañana.

Acabaron de hablar mis vecinos, y á mí no me quedó duda en que eran D. Martín y su esposa. Yo me fui á recoger, y á otro día madrugué para hablarles, lo que conseguí con disimulo, conociéndolos bien y sin darme á conocer de ellos. Supe que habian venido de la hacienda y se iban á establecer á Tierra Adentro. Me despedí de sus buenas personas, de las que ya no he sabido. Es regular que hayan muerto, porque las pesadumbres, las enfermedades y los muchos años, no pueden acarrear sino la muerte.

Fuíme á misa bien temprano, volví á desayunarme, y no salí en todo el día, ocupándome en hacer las mas serias reflexiones sobre mi vida pasada, y en afirmar los propósitos que habia hecho de enmendar la venidera.

Una de las cosas por donde conocí que aquel propósito era firme

y no como los anteriores, fué que pudiendo sacar algun dinero del caballo, manga, sombrero, sable y espuelas, pues todo era bueno y de valor, no me determiné, no sólo temeroso de que me conocieran alguna pieza, como me conocieron la capa del Dr. Purgante, sino escrupulizando justamente porque aquello no era mio, y por tanto no podia ni debia enagenarlo.

Propuse, pues, conservar aquellos muebles hasta entregárselos al confesor, con intencion de pagar las pistolas que vendí, siempre que Dios me diera con qué y supiera de su dueño.

Con esta determinacion me salí cerca del anochecer á dar una vuelta por las calles sin destino fijo. Pasé por el templo de la Profesa, que estaba abierto, me entré á él con ánimo de rezar una estacion y salirme.

Estaban puntualmente leyendo los puntos de meditacion: me encomendé á Dios aquel rato lo mejor que pude, y oí el sermón que predicó un sacerdote hartó sábio. Su asunto fué sobre la infelicidad de los que desprecian los últimos auxilios, y la incertidumbre que tenemos de saber cuál es el último. Concluyó el orador probando que jamás faltan auxilios, y que debemos aprovecharnos de ellos, temiendo no sea alguno el último, y despreciándolo, ó nos corte Dios los pasos cerrando la medida de nuestros crímenes, ó nos endurezca el corazón cayendo en la impenitencia final.

¡Pero con qué espíritu y energía esforzaba el orador estas verdades! La mayor desgracia, decia lleno de un santo celo, la mayor desgracia que puede acaecer al hombre en esta vida es la impenitencia final. En tan infeliz estado los cielos ó los infiernos abiertos serian para el impenitente objetos de la mas fria indiferencia. Su empedernido corazón no seria susceptible del amor á Dios, ni del temor de la eternidad, y cierto en que hay premios y castigos perdurables, ni aspiraria á los unos, ni procuraria libertarse de los otros.

Llovian sobre Faraon y el Egipto las plagas: los castigos eran frecuentes, y Faraon perseveraba en su ciega obstinacion, porque "su corazon se habia endurecido," como nos dicen las sagradas letras: *induratum est cor Faraonis*. Por tanto, oyentes mios, "si alguno de vosotros ha oido la voz del Señor, no quiera endurecer su corazon;" si se siente inspirado por algun auxilio, no debe despreciarlo ni dilatar su conversion para mañana, y pues no sabe si despreciando este auxilio ya no habrá otro y endurecerá su corazon. *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra*, nos dice el santo rey profeta. Hoy, pues, en este mismo instante debemos abrir el corazon, si toca à él la gracia del Señor: hoy debemos responder à su voz si nos llama, sin esperar à mañana, porque no sabemos si mañana viviremos, y porque no sea que quando querramos implorar la misericordia de Dios, Su Magestad nos desconozca como à las vírgenes nécias, y siendo inútiles nuestras diligencias, se cumpla en nosotros aquel terrible anatema con que el mismo Señor amenaza à los obstinados pecadores. *Os llamé, les dice, os llamé y no me oisteis: toqué vuestro corazon y no me lo franqueasteis: yo tambien à la hora de vuestra muerte me reiré y me burlaré de vuestros ruegos.*

Por semejante estilo fué el sermon que oí, y que me llenó de tal pavor, que luego que el padre bajó del púlpito, me entré tras él, y le supliqué me oyera dos palabras de penitencia.

El buen sacerdote condescendió à mi súplica con la mayor dulzura y caridad: y luego que se informó de mi vida en compendio y se satisfizo de que era verdadero mi propósito, me emplazó para el dia siguiente à las cinco y media de la mañana, hora en que acababa de decir la misa de prima, previniéndome que lo esperara en aquel mismo lugar, que era un rincon oscuro de la sacristía. Quedamos en eso, y me fuí al meson mas consolado. Al dia siguiente me levanté temprano: oí su misa y lo esperé donde me dijo.

No me quiso confesar entónces, porque me dijo que era necesario que hiciera una confesion general: que tenia una bella ocasion que aprovechar si queria, pues en esa tarde se comenzaba la tanda de ejercicios, los que él habia de dar, y tenia proporcion de que yo entrara si queria.

Y cómo que quiero, padre, le dije: sí, à eso aspiro, à hacer una buena confesion. Pues bien, me contestó: disponga vd. sus cosas, y à la tarde venga: dígame su nombre al padre portero y no se meta en mas.

Dicho esto se levantó, y yo me retiré mas contento que la noche anterior; aunque no dejó de admirarme lo que me dijo el confesor de que dijera mi nombre en la portería, pues él no me lo habia preguntado.

No obstante, no me metí en averiguaciones. Llegué al meson, comí à la hora regular, pagué lo que debia, encargué mi caballo dejando para su comida, y à las tres me fuí para la casa Profesa.